

# E L A C T O E D U C A T I V O

Entre el conjunto de elementos que intervienen en el complejo proceso educativo, se ha considerado siempre como esencial la persona del maestro. Un buen maestro—se dice—logra, sin más elementos que su persona, resultados excelentes. Todos los medios sobran—se asegura también—si el maestro falla.

Si bien un poco excesivas—como casi todas las aseveraciones absolutas—estas proposiciones expresan un convencimiento apoyado en la realidad. Porque *nada puede sustituir a un buen maestro. Todas las excelencias de la técnica pedagógica, suponen previamente al buen maestro que ha de aplicarlas.*

Hasta en los métodos en que el maestro es aparentemente pasivo—en el Montessori, por ejemplo—, el dejar hacer supone, además de una ciencia poco común, un tacto y un criterio pedagógico exquisitos por parte de la educadora, para que su actuación se produzca en el momento preciso y en los términos precisos también. Si estas condiciones no se dan, el método falla.

¿Cuál es la causa fundamental de que las cosas sean así? ¿En dónde reside el *quid pro quod* de la actuación del maestro?

Dejando a un lado multitud de consideraciones, el *quid* de la cuestión que nos ocupa está en lo que los italianos llamaron hace años *acto educativo*. Denominación que acepto porque, en el momento que convergen y se funden las corrientes espirituales de educando y educador, es cuando se lleva a cabo la verdadera obra educativa. En este momento, o si se quiere mejor, en este *acto*; porque se trata de un *hacer*, frecuentemente de un proceso de duración, reside la esencia de toda labor educativa.

Maestro capaz de abrir el alma de sus alumnos, de penetrar en ella y de arrastrarla gozosamente consigo, hasa sin que el alumno se de cuenta, es un buen maestro, en acto o en potencia. El incapaz de lograr esto, no sirve para maestro, por mucha técnica pedagógica que haya aprendido. Podrá ser, a lo más, un buen funcionario pedagógico, pero, maestro, nunca.

## *En qué consiste el acto educativo*

No es, ciertamente, nada muy enrevesado, ni difícil de lograr. Se trata, por el contrario, de algo muy simple, elemental y fundamental a un tiempo. Se trata tan solo de satisfacer la más hermosa y profunda necesidad que reside en el fondo del alma humana.

Se trata de la necesidad que toda alma siente de comprender y ser comprendida, de la necesidad que toda alma siente de entregarse a algo para vivir por ello. Se trata, en suma, de la necesidad de amar.

El *acto educativo* es, por tanto, en esencia, *amor*. No puede decirse de él que sea fácil ni difícil, ya que pertenece a otra categoría muy distinta de la facilidad o la dificultad. El es, sobre todo, entrega. generosidad. Supone, por tanto, capacidad de amor en el maestro. Y al amor, los alumnos responden siempre; no pueden hacer de otro modo, ya que fueron creados para amar y ser amados.

Por partir del alma del educador y dirigirse al núcleo del alma del alumno, esta comunión espiritual educativa encauza mutuamente las energías espirituales de ambos, haciéndolos sentirse felices en las tareas, no siempre gratas, de la enseñanza y educación, de las que el *acto educativo* es la clave.

El maestro, generoso, vibra, se entrega a su tarea y los muchachos, que perciben muy bien esta entrega, se entregan a su vez. Y se entregan gozosos, felices por completo. No pueden hacer de otro modo porque, como aún son ingenuos y fueron hechos para amar, han de responder a la llamada amorosa de la vida, representada en ese momento por el maestro.

Las almas de maestro y alumnos, activas, abiertas, afloran en esos felices momentos. Todo es actividad y entusiasmo. Despiertan y acrecientan las fuerzas, afluyen las ideas, se multiplican los hallazgos, el cansancio quedó tan atrás que parece como si no existiera. Maestro y alumnos se consideran incansables. Lo ven todo fácil y claro en tan felices momentos porque se han integrado las energías de ambos.

El maestro que ha sentido lo inefable de estos momentos, considerándose humilde, muy humilde, no se cambia por nada ni por nadie. El maestro que no los ha sentido, no es maestro en el sentido pleno de esta palabra.

*¿Es posible lograr a voluntad esta comunión pedagógica del acto educativo*

Es y no es posible. Depende de las condiciones del educador. En principio constituye un don, el don del maestro. Quien no posee este don, naturalmente que no puede lograr esta comunión de espíritus. Tengo para mí que a negociantes materialistas les debe ser muy difícil su logro. Pero, afortunadamente, no se dedican al Magisterio.

En cambio, para el hombre de fe, entregado a su misión y amante del mundo de la infancia, sobre todo si cuenta con el equilibrio espiritual y la paciencia necesaria para tratar con niños, la cosa resulta tan fácil que hasta sin darse cuenta surge muchas veces tan hermosa comunión educativa.

Precisamente ella constituye la piedra de toque del verdadero maestro. Si no puede lograrla o la logra con dificultad, debe dejar la profesión por otra que armonice mejor con sus condiciones.

*La técnica pedagógica y el acto educativo*

Si afirmamos que lo esencial en el proceso de la educación es el acto educativo, es posible que alguien se pregunte :

¿Entonces, qué lugar ocupa en la educación la técnica pedagógica? ¿Acaso esta técnica no sirve para nada? ¿Acaso tantos y tantos métodos como se han demostrado excelentes, carecen o poco menos de valor?

No, ni mucho menos. Al contrario. El método, el buen método se entiende, es o por lo menos debe ser el camino que facilite el logro del acto educativo. Si los métodos son tantos y tan distintos entre sí, ello obedece a que la diversidad humana es tal que los mismos medios no dan idénticos resultados aplicados por las distintas personas.

La técnica, el método, el buen hacer educativo o como quiera llamarsele, que también en esta cuestión dejan sentir su imperio los gustos y las modas, es indispensable. Sirve o debe servir :

1.º Para aprovechar y valorizar al máximo el acto educativo. Un maestro que sea novel o poco preparado pedagógicamente, puede llegar y llega al alma de los niños ; puede despertarla y establecer esta corriente amorosa de entrega, pero no sabe manejar los resortes que debiera. Con frecuencia se da cuenta de que la corriente mutua cesó antes de lo que debiera y, a pesar de su voluntad, los niños se le escapan de las manos, porque algo esencial ha dejado de producirse. Por el contrario, cuando se ha logrado despertar el espíritu infantil, cuando la *chispa ha saltado*, la buena técnica pedagógica logra o debe lograr que la chispa se convierta en rescoldo, que la corriente espiritual que brota prístina del alma infantil, se convierta en río canalizado que fertilice las vidas de alumno y maestro.

2.º Por otra parte, todos sabemos que hay en la vida *pedagógica*—supongo que como en todas las vidas—días grises en los que todo es pálido, en los que todo marcha con una desesperante pesadez y con no menos desesperante monotonía ; en los que no se siente gusto por nada. Que también hay días negros en los que nada sale a derechas, en los que todo parece presentar su lado peor, en los que el pesimismo y aún la desesperación clavan sus garras en el alma.

En estos días, que a lo largo de la vida no son pocos, nos sentimos algo así como *una miserable nada* que para bien poco sirve. Hasta con frecuencia tenemos lástima de nosotros mismos.

En estos días o en estos momentos, en los que el espíritu se siente cerrado o frío como el hielo, la técnica pedagógica es el inapreciable elemento que nos sostiene a flote. Gracias a ella seguimos viviendo en estos días de la abundancia de los días luminosos. Gracias a ella nos es dable seguir una marcha sistemática que va consolidando lo que el *acto educativo* descubrió. Este constituye un verdadero goce ; la técnica con frecuencia impone un esfuerzo generoso que aprovecha las posibilidades derivadas de aquel goce. Deliciosa es la corriente amorosa del acto educativo, pero abandonada a sí misma perdería valor, porque

la vida es continuidad y el acto educativo solo es un momento más o menos prolongado. Para que de veras sea fecundo hay que convertirlo en corriente continua, portadora de vida, y ese milagro es la técnica la encargada de lograrlo. El acto educativo es el manantial, la técnica pedagógica, el cauce del río.

*¿Puede lograr la técnica que el acto educativo se produzca con más frecuencia?*

Este es el gran secreto de toda técnica pedagógica que valga la pena: lograr que la *chispa* brote; logran que afloren las aguas vivas del espíritu. El acto educativo es en esencia amor, es entrega y lo ideal sería que todos los momentos escolares estuvieran presididos por él. Pero eso solo es posible, si lo es, para unos pocos grandes maestros, para unos pocos elegidos. Tengo para mí que, de una manera plena, sólo para el Divino Maestro, fué posible.

Los demás hemos de contentarnos con migajas, pero tenemos la obligación de procurar que las migajas sean lo más abundantes y suculentas posible. Y a esto ayuda mucho la buena técnica pedagógica.

Facilitando el trabajo, facilitando las relaciones entre maestro y alumno, la buena técnica fortalece los lazos creados por el acto educativo, ahonda y regulariza, por así decirlo, el cauce del río formado por la corriente espiritual y acrece el caudal de éste al aflorar por medio de su ayuda nuevos manantiales.

A lo largo de la vida docente, si el espíritu no vive alerta, la rutina produce estragos, deseca las almas; la buena técnica pedagógica es en buena parte la encargada de lograr que la rutina no establezca sus reales. Es la encargada de mantener fresca y fragante la vida espiritual para que, llegado el momento, las capas espirituales se abran dejando aflorar nuevas aguas vivificadoras.

#### *El acto educativo en relación con la edad de los alumnos*

Salta a la vista que, cuanto más pequeño sea un niño, tanto más necesita del amor, de la entrega generosa de quien se ocupa de su cuidado. La madre ha de vivir entregada casi por completo a sus niños muy pequeños. La maestra de párvulos vive acaparada por su menuda grey.

A medida que el niño crece, se aflojan, en cierto modo, los lazos que unen al pequeño con las personas que de él se ocupan. Pero a medida que pasan los años y el espíritu despierta, necesita el niño más y más del apoyo y comprensión espiritual que le sostengan, le fortalezcan y formen el terreno adecuado para que ahonden las raíces de la vida espiritual, única que le hará ser hombre de verdad.

Es decir, que el pequeño escolar, el párvulo, necesita una entrega global, un cuidado amoroso continuo, pero bastante superficial y fácil de lograr, si la maestra posee condiciones maternas pedagógicamente bien cultivadas. En esta época el acto educativo es pura y completamente vital, poco diferenciado,

porque el niño de esta edad lo vive todo a un tiempo amorosa y egoístamente. Vida espiritual propia apenas puede decirse que tenga.

Es a medida que la vida anímica se despierta cuando se va diferenciando la corriente espiritual. Cuando el niño comienza a darse cuenta de la riqueza y variedad del mundo que le rodea y siente verdadera necesidad de conocerla; cuando es capaz de establecer la diferencia entre él y lo que no es él; entre el mundo de las personas y el mundo no humano; es cuando el acto educativo comienza a tener verdadero valor. Se comprende que así sea, porque es entonces cuando se hace apremiante la necesidad de penetrar en esos dos mundos: el de las personas y el de las cosas; el de la Humanidad y el de la Naturaleza. Y por sí solo el niño no puede hacerlo.

Entonces es cuando, en contacto con la del maestro, el alma infantil se abre al mundo del espíritu. Entonces es cuando el alma infantil, maravillada, va de descubrimiento en descubrimiento, si el maestro la sabe abrir y conducir. Entonces es cuando el *acto educativo* se manifiesta en todo su esplendor y en toda su pureza.

El niño de esta edad, de los seis o siete años hasta la preadolescencia, si le cabe la suerte de tener buenos maestros, les adora y hasta les endiosa. Ello es así porque el muchacho—aunque no se lo explique—, siente con toda su alma que es el maestro su guía inapreciable en el maravilloso mundo espiritual.

El acto educativo se produce entonces gozosamente y las energías espirituales infantiles se canalizan y se acrecen como por verdadero milagro.

La inteligencia va madurando y en la preadolescencia el muchacho comienza a distinguir entre el maestro que le *guía* y el maestro que sólo le *enseña*. Al primero le quiere con toda su alma. Al segundo tan sólo le aprecia como profesor enseñante.

Es decir, al primero le entrega inteligencia y corazón, se le entrega sin reservas. Al segundo solo le hace entrega de la inteligencia. Su intimidad la guarda para sí.

El primero es maestro. El segundo tanto solo es un profesor. Claro que además del maestro y el profesor queda la manada pseudopedagógica perteneciente a la numerosa especie de los que no saben ser maestros ni profesores. Pero de esa plaga pedagógicosocial no nos ocupamos ahora.

Ahora nos interesa sólo dejar bien sentado que el verdadero maestro, al que sin reserva se entregan los alumnos, aunque ya sean hombres, logra el acto educativo completo, *el espiritual*. En tanto que el *sólo profesor* no logra más que el acto intelectual, la entrega de la inteligencia. El primero establece una comunión total, completa; el segundo sólo logra establecerla intelectual.

Los jóvenes estudiantes perciben muy bien esta diferencia—aunque no siempre se la expliquen con claridad—cuando clasifican a sus profesores de bachillerato o de facultad en simpáticos, antipáticos, indiferentes e inaguantables.

El profesor simpático y querido, al que los muchachos se entregan, el que si en su materia es competente deja en los alumnos su impronta para toda la vida, logra hacerse dueño de la intimidad juvenil. Las clases con él son un acto educativo continuado, porque aun en los días grises y en los *negros*—en

los que el espíritu está frío y cerrado—la inteligencia establece la comunión. Es el profesor que educa, que forma y los estudiantes perciben esto muy bien.

Al antipático, pero competente, la grey juvenil no le *quiere* propiamente; no le entrega su intimidad, pero reconoce su competencia científica o literaria. Le respeta por ello y le entrega la inteligencia. Es el profesor que enseña solamente, pero que apenas forma.

El profesor indiferente constituye una verdadera desgracia. Ni se le quiere, ni se le respeta como profesor. Ni se le entrega el alma, ni la inteligencia. Ni forma, ni enseña. Con él no fluye ni la corriente espiritual ni la puramente intelectual. Ni el acto educativo, ni el intelectual son posibles con él.

Del profesor inaguantable o detestado ¿para qué hablar? La muchachada le ridiculiza, le compadece o le odia, según los casos. Con él lo que debiera ser comunión educativa se convierte en comunión odiosa, porque los sentimientos suelen ser mutuos.

Dejando aparte los dos últimos casos de maestros, interesa de momento hacer constar que, tanto si se trata de niños como si se trata de jóvenes, el acto educativo caldea el alma a la vez que enseña. Es decir, eleva, educa. Gracias a él, el maestro, elevando al alumno hacia sí mismo, le hace partícipe de lo mejor de su alma, lo enaltece. Y el alumno, a su vez, haciendo al maestro partícipe de su fresca ingenuidad, lo renueva cada día. Cada uno sumerge al otro en lo mejor de las fuentes de la vida.

En tanto que la actividad docente sin la comunión del acto educativo tan solo enseña. En la infancia propiamente dicha, la técnica que no llega a despertar esta comunión, sirve de muy poco. Va siendo de más utilidad a medida que la inteligencia se va fortaleciendo, porque entonces se dirige a ella y actúa tanto más, cuando más potente y despierta sea la inteligencia y cuando más despierta esté la conciencia del deber.

#### *Puede cultivarse el acto educativo*

Si, como decíamos, esta facultad de llegar al núcleo del alma constituye en principio un verdadero don magistral, puede parecer a primera vista que el cultivo no tiene mucho que hacer con ella.

Pero si pensamos que un don de la planta son la flor y el fruto y que el cultivo mejora a uno y a otro de tal manera que se hace con frecuencia difícil reconocer al originario fruto silvestre en el opulento producto logrado por el cultivo, comprenderemos que con el acto educativo debe ocurrir algo semejante.

Y, en efecto, ocurre.

No será posible lograr de un egoísta materializado un maestro generoso que caldee el alma de los muchachos; como tampoco se puede lograr que un olmo dé peras. Pero de la misma manera que el cultivo adecuado logra del peral exquisitas variedades de peras, el cultivo adecuado logra maravillas en lo que al acto educativo se refiere.

Ha de partirse, naturalmente, de almas generosas que sientan amor e incli-

nación por el mundo de los niños o de los jóvenes, por las tareas de la educación y, si se trata de la enseñanza media o superior, que tengan condiciones para el cultivo de la materia objeto de enseñanza.

Y sobre todas estas bases es necesario:

1.º *Cuidadosa preparación diaria que facilite* el trabajo y encauce convenientemente las energías espirituales, liberadas ya de la preocupación por el dominio de la materia de que se trate.

Constituye esta la condición fundamental de cultivo y es lástima que muchos maestros la descuiden confiados en sus dotes de improvisación o en su preparación general. Ciertamente que, cuando la comunión se establece, el espíritu parece que se ilumina y se haga vidente. Ciertamente también que la formación previa y general es la base, pero no menos verdad es que la preparación para las tareas del día repara los olvidos, siempre inevitables; dispone convenientemente los elementos con que se cuenta, da confianza en sí mismo; en suma, pone el espíritu a punto para que, llegado el momento, despliegue sus fuerzas y sus entusiasmos sin que nada se lo impida.

2.º *Cultivar cuidadosamente la conciencia del deber* que se impone a todas las flaquezas.

Si esta es una condición convenientísima siempre, sobre todo en los días grises y en los días negros, en los que el desánimo se adueña de nosotros fácilmente y predispone al abandono, o por lo menos a la negligencia en el esfuerzo, constituye la única solución para continuar a flote. La conciencia del deber es el vigía que, haciéndonos mantener en nuestro puesto a pesar de todo, logra que se abran las compuertas del alma hasta cuando parecían cerradas a cal y canto.

3.º *El hábito* de realizar cada día la tarea impuesta sin dejarse vencer, aunque a veces cueste verdadero esfuerzo.

Es increíble en este sentido el poder del hábito. El, por sí solo, vence resortes que aparecen como imposibles de poner en movimiento.

#### *El acto educativo y la libertad*

Logrado este cultivo, la técnica y el amor.

la preparación diaria y la generosidad.

la conciencia del deber y el afecto.

el hábito diario y el ansia de superación se conjugan en el acto educativo que auna las fuerzas, los anhelos y las posibilidades del corazón y de la inteligencia.

Por eso en él se conjugan asimismo maravillosamente la libertad del alumno y la del maestro, ya que ambos en él obran con libertad absoluta, puesto que por propio e irrefrenable impulso se entregan uno a otro para realizar ambos la tarea más alta que puede realizarse en la vida; la del propio mejoramiento logrado en la plenitud de la dicha.

Gracias al acto educativo el alma del alumno descubre a cada paso nuevos

horizontes, se adentra, se consolida y se eleva en la vida; mientras la del maestro a su vez alcanza y amplía día a día las alturas de serenidad y fortaleza necesarias a todos, pero principalmente a los que tienen como misión despertar, consolidar y enriquecer las vidas de los demás.

Constituye, pues, el acto educativo la clave de toda educación y aun la de toda buena enseñanza, ya que no puede considerarse como a enseñanza que merezca tal nombre, sino la que caldeando el corazón deja sentir su beneficiosa influencia en el carácter del individuo.

CONCEPCIÓN SÁINZ-AMOR  
Doctora en Pedagogía.

Prof. de la Universidad de Barcelona.